

Enfermedad y parábola o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la pandemia

Jesús Ernesto Macías Gil

Egresado de la Maestría en Filosofía UNAM

Casi todos los hombres mueren por sus remedios, no por sus enfermedades.

Molière, *Le Malade Imaginaire*

PIROCROMO

37

#22
ENFERMEDAD

Una parábola es, en el ámbito de las letras y la literatura, una narración breve que expresa una lección sobre la vida moral; lo más común es pensar en ella como un recurso propio de las religiones, ya que algunas bien conocidas vienen directas de la tradición judeocristiana y del budismo. Para fines prácticos, pensemos pues en la parábola como una herramienta narrativa para la educación moral. Ésta es la forma en la que me parece que el doctor Samuel Ponce de León, médico y académico de la Facultad de Medicina de la UNAM, entendió el papel de la parábola y su valor en la analogía entre los problemas médicos y de salud pública, los dilemas éticos que éstos suscitan y la percepción que tenemos todos de sus causas y consecuencias.

Ejemplo de lo anterior es la observación de Ponce de León sobre la llegada del VIH a México y la narrativa desarrollada por grupos religiosos, en los que se pensaba en la enfermedad como un castigo divino. Sin embargo, la enfermedad como parábola no sólo aplica en los casos en los que la religión busque imponer dogmas a través del miedo y la culpa, sino en versiones más laicas y menos punitivas como lo que el profesor Ponce

llamó “La parábola del hombre sin brazos enfermo”, en la cual toma el caso de un hombre cuyas extremidades superiores fueron amputadas y, tiempo después, recibió un trasplante de ambos brazos en un esfuerzo admirable de nuevas técnicas para reemplazar miembros perdidos. En esta historia el hombre recibe el trasplante de forma exitosa, con la consecuencia de que, ahora, será un enfermo con inmunosupresión durante el resto de su vida.

La parábola anterior arroja una lección moral sobre la iatrogenia, los límites de la experimentación médica, el valor de la salud y la delgada línea entre lo que parece saludable y lo que realmente es. En esta línea de reflexión narrativa es donde creo que cabe crear una parábola sobre la situación actual en el mundo y, acotando más, en México.

Pensemos, por ejemplo, en lo que todos hemos aprendido de forma personal durante el desarrollo de esta pandemia. Cuando se descubrió el virus COVID-19 pocos pudieron imaginar el impacto que éste tendría a nivel mundial. Si bien muchos pudimos imaginar una situación similar a la que se dio durante el 2009 con el brote de la influenza AH1N1, nos quedamos cortos en cuanto al alcance de la información, el impacto social y político, y las profundas huellas que dejaría en las personas esta nueva pandemia. Así pues, en estos meses hemos visto cómo la gente ha difundido información falsa, se ha documentado como nunca en su vida sobre temas de ciencia y política de salud pública, unos han aprendido a rezar, otros a buscar temas en revistas médicas indexadas. Ha habido casos de extremo altruismo y solidaridad, prudencia y sensatez, pero también de profundo egoísmo, ignorancia, estulticia y vesania.

La lección que la pandemia nos ha dejado sobre la condición humana es, en el mejor de los casos, agri dulce, por no decir gris y parca; no hay ya forma de contemplar al ser humano como bueno o malo por naturaleza, el realismo nos ha golpeado de frente la cara con síntomas respiratorios y sistemas de salud deficientes. No queda lugar ya para pretender que los seres humanos, como especie, tenemos un privilegio evolutivo más allá de la capacidad cognitiva y de autoconsciencia; cuando los padecimientos de especies tan poco desarrolladas en esos aspectos, como los quirópteros y los folídotos, quiebran al estilo de vida de los seres humanos, poco queda de ese orgullo antropocéntrico tan característico de nuestra especie.

Pero no quiero que se me malentienda, esto no es una exclamación derrotista o pesimista sobre la condición humana y la situación del

mundo; uno no pierde la fe en la humanidad sólo porque ésta se resfríe y no se tape la boca al estornudar, por el contrario, si hay ámbitos en los que se pueda mejorar, hay más espacio para el deseo de mejorarlos.

Aquí sólo trato de expresar una visión curiosa de lo que se puede aprender de uno mismo y de los demás de algo tan simple y poderoso como lo es la enfermedad. Basta verlo desde un punto de vista menos globalizado y más personal. Cuando uno se enferma de cálculos biliares puede ser derrotado en su salud por algo tan simple como unos pésimos hábitos alimenticios, una mala fortuna en la lotería genética y las terribles consecuencias del estilo de vida actual. Por otro lado, hay una valiosa lección sobre la nula evolución que nuestro sistema digestivo ha tenido, el cual no nos deja adaptarnos gracias a que tenemos un pequeño órgano vestigial colgando en nosotros, ¿debería hacerse la extracción por profilaxis?, ¿no somos esos seres tan perfectamente calibrados que creíamos?, ¿somos tan imperfectos que una mala alimentación puede matarnos, o somos tan perfectos que existen mecanismos para disuadirnos de tener hábitos mortales?

Todas esas preguntas, sus respuestas e implicaciones en la vida son un ejemplo más de cómo la enfermedad como parábola nos dice mucho más que las tragedias existenciales que nos heredaron los pensadores franceses del siglo pasado, pero también nos someten a una extraordinaria reflexión sobre los mismos. No es pues gratuito que se hable de una “nueva normalidad”, lo cual significa un cambio en el estilo de vida, de los hábitos de higiene, de los hábitos alimenticios, de la dinámica social y, quiero creer que, en la misma medida, en la forma de contemplarnos como personas y como sociedad, como individuos y como especie, como animales en un ecosistema cuasi infinito y como seres capaces de superar todo y a la vez tan vulnerables que el más mínimo cambio en el mundo puede ponernos en jaque.

Más allá de las posibles consecuencias bíblicas de que una enfermedad azote a todo el mundo, el valor mismo de la salud queda también colgando de un hilo al pensar en lo que nuestras prioridades nos impulsan a hacer en caso de enfermedad. Como en el ejemplo del hombre sin brazos, no queda claro del todo si es que como individuos valoramos más la salud y la vida que el *statu quo* o la satisfacción personal. También en esta parábola se desdibujan las líneas que formaban nuestro concepto de salud, sobre todo cuando tenemos oportunidad de observar personas muriendo con los pulmones cerrados y derruidos, mientras en

la cama de al lado hay otras lamentando no poder dar fin a su vida de confinamiento, o quienes se han visto afectados por la enfermedad de la violencia y la indiferencia.

Y esto supone algo interesante: ante la revelación, para muchos, de que la salud física es igual o incluso más frágil que la salud mental, ¿a cuál deberíamos dar prioridad? Pues no es que uno haya sentido alguna vez que el pánico no le dejaba salir de su casa, ni que escuchara voces, pero el preferir salir a arriesgar la salud física por no poder permanecer aislado, o no poder aceptar los hechos cuando éstos son presentados con tan fuerte evidencia, sólo por no soportar una situación desfavorable para su tren de vida, hacen pensar que uno tal vez debería darle un poco más de atención a esos asuntos sin resolver en su cabeza.

Finalmente, la moraleja de esta gran parábola pandémica, por lo menos como la he podido interpretar, es que cada cambio, sea en el cuerpo o en el mundo, puede dejarnos algo más que grandes y profundas cicatrices, y puede también ser el aliciente de una mejor comprensión de nosotros y de la realidad. La máxima socrática nunca había sido tan provechosa como ahora que tenemos acceso a la información necesaria para conocernos a nosotros mismos, no sólo mediante la introspección, sino en la causa de nuestra naturaleza, en la razón de nuestra psicología y del potencial y vulnerabilidad que tenemos.